

«toda la sabiduría, todas las pretendidas leyes del capitalismo, se resumen como sigue: 1º Comprar la fuerza y la habilidad del obrero por menos de su valor; 2º Comprar el producto al productor al más bajo precio posible; 3º Vender el mismo producto al productor (como consumidor) al precio más elevado posible».

Realmente es ésta toda la ciencia de los explotadores; prácticamente, la conoce mucha gente; teóricamente, todo el mundo. Lo único que se ignora es la justicia del procedimiento por qué se ha hecho *legal*. Todos los obreros saben que los productos que elaboran tienen un determinado valor de coste—valor arbitrario, no científico,—y que estos mismos productos no pueden obtenerlos, cuando los necesitan como consumidores, sino por el duplo ó triple de lo que cuesta de elaboración: la diferencia se la embolsa el intermediario, industrial, negociante ó lo que sea, sin haber cooperado poco ni mucho á su fabricación. Este exceso, esta supervalía, es lo que forma el capital, y también el tanto por ciento con que se acrecienta, la pretendida remuneración al ficticio valor dinero, con el cual se explota al obrero y el trabajo. El trabajador menos inteligente sabe que no puede hacerse de una fortuna siendo asalariado, trabajando para otros; y está convencido también de que si se le facilitasen medios para poner un taller, v. gr., podría lograrla. ¿Cómo? Buscando operarios que trabajasen para él al más bajo precio posible, y vendiendo los productos lo más caro que pudiese. Si por ejemplo, se le hubiesen dado mil francos, esos mil francos por sí solos no aumentarían su valor, ciertamente—pero sirviendo de medio de explotación, al cabo de algunos años, con un poco de suerte, podrían haber acrecido á ocho ó diez mil francos. Esta relativamente pequeña fortuna—la más costosa sin duda—¿cómo se habría obtenido? Seguramente con la explotación del trabajo y de los obreros que habría empleado y de los consumidores, los mismos trabajadores dos veces explo-

tados, nunca, jamás, de su propia labor.

Esto, que está al alcance de toda inteligencia, debe tenerse bien presente. Cualquiera concibe que toda necesidad puede satisfacerse simplemente con el trabajo; ningún producto se elabora con dinero, sino con los materiales que se extraen de la tierra y con el esfuerzo del hombre que los utiliza y da mil variadas formas é infinitas aplicaciones. Luego la moneda es un factor ficticio en la producción; un intruso que trastorna todas las cosas; de signo de cambio representativo de objetos reales que se pretende que sea, se convierte en dueño de todo, hasta de lo que ha de producirse, haciendo esclavos á todos los trabajadores. ¿Cómo se explicaría, si así no fuese, que los productores de todas las riquezas viven siempre vida miserable, y los que nada producen lo pasan, y con exceso increíble, tan regaladamente? Antiguamente se era más sincero, porque los ociosos y hábiles, proclamando la esclavitud como cosa natural, se valían de los esclavos para enriquecerse; por eso la verdadera propiedad consistía en el mayor ó menor número de esclavos que cada liberto ó ciudadano señor poseyese. Pero los esclavos se rebelaron, adquirieron su libertad á costa de su sangre preciosa; y entonces los egoístas y los malvados, los continuadores del derecho de la fuerza y de la conquista, los reyes y jefes, y nobles y guerreros, y mercaderes y clérigos, todos los chupópteros de la sangre humana, inventaron la forma libre del salariado, ese encadenamiento por la miseria, el hambre, que obliga al hombre á ofrecer sus esfuerzos al señor, ó al propietario ó capitalista, para poder comer mal y atender á su familia peor, dejando en manos de los explotadores, todos los días, la mejor parte de sus sudores, de su labor, de su inteligencia. Y ¿por qué, con qué derecho natural ó de estricta justicia? Iguales hombres son unos que otros; nacen, viven y mueren de la misma manera; ni un ápice valen más los ricos que los pobres.